

PROYECTO EVEREST

septiembre 1992

EL PROBLEMA

Hay un serio riesgo que en el período que resta hasta las elecciones de diciembre de 1993, se desate una explosión de demandas socio-económicas que termine por debilitar el esfuerzo de crecimiento con control de la inflación.

Esta explosión de demandas puede verse incentivada por tres factores:

- * la percepción extendida entre los agentes sociales y políticos de que vivimos una plena normalidad democrática, lo que desestimula la disciplina propia de la transición y vuelve admisible mayores niveles de conflicto social;
- * la percepción también extendida de que la situación económica es satisfactoria y de que se han hecho ya los sacrificios necesarios, lo que posibilitaría ahora un "mayor énfasis" en lo social;
- * y la dinámica propia de una competencia electoral que se preve larga, que incentiva a los agentes políticos a servir de canalizadores y/o amplificadores de las demandas sociales, lo que puede llevar a un escalamiento de las mismas sin prestar la suficiente atención a las restricciones.

Si el Gobierno no se anticipa a este cuadro previsible, los éxitos y oportunidades conquistados hasta ahora podrían desvanecerse, y el Gobierno transformarse --aún sin desearlo-- en un régimen de administración. Y si el proyecto y la iniciativa del Gobierno pierden su energía y capacidad de convocatoria, el escenario puede verse dominado por tendencias centrífugas, con lo que la propia Concertación --y, con ello, las posibilidades de dar continuidad a la obra iniciada-- pueden verse amagadas.

Vitalidad del Gobierno y éxito de la Concertación
son dos aspectos indisolubles de un mismo proceso.

EL OBJETIVO

Para enfrentar el problema descrito no basta con que el Gobierno dé señales de continuidad o de gestión eficiente. La mejor manera de enfrentar el problema descrito es mediante una campaña integral de comunicación orientada a definir anticipadamente el escenario y los temas de la próxima contienda electoral.

La mejor manera para alcanzar ese objetivo es planteando al país un nuevo horizonte de largo plazo sobre el cual se concentren voluntades y energías, y con esto incentivar nuevamente las tendencias centripetas que permitieron el éxito de la transición política.

Una comunicación que se limite a subrayar y a defender los equilibrios alcanzados tendría escaso impacto y no lograría sortear los problemas señalados. Lo mismo se puede decir de una comunicación defensiva y obvia focalizada en la "difusión de la obra del Gobierno". La costumbre indica que, al finalizar, los gobiernos destinan su comunicación a hacer un balance de lo realizado, esto es, vuelven su vista --y tratan que el país la vuelva también-- hacia el pasado; aquí se trata de hacer exactamente lo contrario: que al entrar a su etapa terminal, el Gobierno enfatice en aquéllo que falta para alcanzar una meta distante pero alcanzable, pero que demanda todavía el esfuerzo y la concentración de los chilenos.

Alcanzada la democracia --este sería el mensaje básico--, el nuevo horizonte es alcanzar el desarrollo en los próximos veinte años.

Este objetivo, identificado netamente con el futuro, debiera guiar las actitudes y ordenar las conductas predominantes de los chilenos --en especial de los jóvenes--, configurándose además como el eje de la agenda política común de la próxima campaña electoral.

El objetivo es crear un clima social incompatible con la demagogia, el facilismo, la indisciplina, el volcamiento a buscar todas las soluciones en el Estado. Así como las campañas por la protección del medio ambiente han incentivado el rechazo social hacia los depredadores, así mismo esta campaña debería crear una reacción social (y electoral) natural contra el populismo y el cortoplacismo.

En términos positivos, se trata de transformar las próximas contiendas electorales en un episodio dentro de una larga, exitosa y persistente marcha al desarrollo; marcha en la que están comprometidos los más nobles sueños y las mayores energías de los chilenos.

Se trata, en suma, de recuperar algo que se ha venido desvaneciendo con el alejamiento del peligro autoritario: aquello que Juan Sebastián Montes, uno de los chilenos escaladores del monte Everest por su ruta más difícil, llamara el sentido de la aventura.

La aventura, señala Montes, es "desplazar la frontera de lo posible, de lo conocido". Agrega que "todas las grandes aventuras están marcadas por el signo de la pasión", porque el aventurero es aquel que se entrega a un sueño. Toda aventura equivale a un viaje, "un movimiento, una partida hacia algo distante, (...) hacia una región remota". Por esto mismo la aventura implica incertidumbre: "el verdadero aventurero no puede esperar un triunfo fácil". Es esto lo que lleva a la necesidad de asumir riesgos, los que se adoptan para poder correr los límites y "enriquecer el mundo de la vida".

El objetivo de la comunicación es, entonces, invitar a los chilenos a participar juntos en una nueva aventura: la que nos llevará al desarrollo y a la modernidad.

DISCURSO-MARCO

El gobierno de la Concertación ha permitido que Chile entre en una nueva etapa histórica.

Por medio de un gran esfuerzo individual y colectivo, los chilenos hemos conquistado la paz e instaurado la democracia.

El país se ha reinsertado en plenitud en un mundo donde se ha inaugurado una nueva era de libertad y globalización.

Las FF.AA. actúan, sin excepción, en los marcos fijados por la Constitución y las leyes, y el gobierno trabaja en armonía con ellas en función de su modernización.

Se avanza en un crecimiento económico con equidad, y los chilenos nos reconciamos, no sin dolor, en la verdad.

**Hoy, por fin, Chile tiene su vista fija
ya no en los pasados veinte años,
sino en los veinte años por venir.**

Con satisfacción podemos declarar terminado un largo período donde las referencias al pasado se superponían a las referencias al futuro; donde el miedo dominaba sobre la confianza; en fin, donde la preocupación por el orden y el equilibrio limitaban severamente la libertad para plantearse metas superiores.

**Los chilenos ya no miran la historia de espaldas,
con su vista fija en el pasado;
los chilenos pueden mirar ahora la historia de frente,
con su vista fija en el futuro.**

Pero no es el tiempo de descansar, ni de perder el ritmo o relajar la tensión.

Hay signos en este sentido que deben llamar a preocupación. No debemos permitir, por ejemplo, que la complacencia individualista se apodere del espíritu de los chilenos que han tenido mas éxito o cuentan con mas recursos.

Tampoco es posible, en un país sub-desarrollado donde existen todavía elevados niveles de pobreza, que sectores pudientes entren en una espiral desenfrenada de gasto y consumo.

No podemos permitirnos tampoco perder la disciplina social y política que nos ha permitido tantos éxitos, como si hubiese llegado ya el momento de cosechar, cuando en realidad recién hemos preparado la tierra para sembrar.

Es preciso desconfiar del discurso facilista que para ganar simpatías olvida a propósito las restricciones que tiene el país, o que llama a volcar la mirada al Estado buscando ahí soluciones inmediatas a todos los problemas. Los chilenos desconfían de ese discurso porque conocieron los estragos del populismo y porque confían en la fuerza de sí mismos.

Es preciso mantener vivas la energía, la pasión, la mística y la disciplina que nos han permitido llegar hasta aquí.

La tarea recién comienza.

Chile está lejos todavía del desarrollo.

Hemos alcanzado metas difícilísimas,
pero tenemos por delante desafíos todavía superiores
que demandarán al país esfuerzos de envergadura.

Estamos en un umbral de la historia de Chile y de la humanidad que ofrece inéditas posibilidades, pero que al mismo tiempo no admite debilidades ni vacilaciones, so riesgo de retroceder. Estos momentos se dan pocas veces en la historia. Para quienes les toca vivirlos, ellos representan una oportunidad apasionante.

Chile tiene la posibilidad cierta de alcanzar el desarrollo, eliminando la pobreza y protegiendo adecuadamente su medio ambiente, en los dos próximos decenios.

En base a lo que hemos avanzado, Chile puede y debe plantearse la meta de llegar a la celebración de su bicentenario de nación independiente como un país moderno que ofrece oportunidades de progreso a todos sus habitantes, no importa su género ni su origen social o étnico.

El Gobierno tiene hoy la tarea de poner en la agenda los temas del futuro, que son los decisivos una vez terminada la primera etapa de restablecimiento de los equilibrios políticos y económicos.

Una actitud complaciente que no se atreve a correr riesgos ni hacer sacrificios y se contenta con la administración del actual estado de cosas, no es compatible el desafío que hay por delante. El gobierno está decidido a poner en tensión todas sus fuerzas y las del país tras los objetivos del desarrollo y la modernidad.

Para alcanzar la nueva meta no basta con la actitud del gobierno; es necesaria una actitud decidida de cada chileno y de la sociedad entera. Chile es un país joven. Invitamos a cada chilena y chileno a cultivar los valores del trabajo, de la organización, de la disciplina, de la participación, del ahorro y de la inversión, porque de ellos y de nadie más depende que Chile alcance las nuevas metas que tiene por delante.

Los chilenos no pueden dejarse arrastrar por la inercia de la contingencia, por la mezquindad de los intereses personales o de grupo, por la ceguera del cortoplacismo. Estamos en un momento en que lo prioritario es invertir, no gastar; donde nuestras decisiones tienen que orientarse a los resultados futuros y no a los simples beneficios inmediatos.

Chile y los chilenos hemos madurado y estamos para cosas grandes; para objetivos de largo plazo; para grandes esfuerzos y sacrificios --si es necesario-- de los que nuestros hijos se sentirán orgullosos.

En suma, la misma voluntad, el mismo arrojo, la misma pasión y disciplina que permitieron esta ejemplar transición a la democracia, hay que ponerlas ahora en una transición exitosa al desarrollo y la modernidad.